Dirty hope

Caro Wild

Image not found.

Capítulo 1

Una gran parte de mí se irá con él; lo supe en cuanto me levanté esta mañana. Seguimos nuestra rutina diaria: descubrir el enorme edredón que cubre nuestros cuerpos semidesnudos; cubrirme con una bata de seda; y bajar a la cocina a preparar café.

El olor del café recién hecho inunda toda la estancia, puedo hasta ver, como su imaginaria figura asciende por las escaleras y llama a Gideon, quien aún, si estoy en lo cierto, dormirá al menos diez minutos más. Mientras tanto, preparo las tostadas, el zumo de naranja y los huevos revueltos. Todo perfectamente colocado en la mesa forma un panorama de lo más tentador, pero sin duda sé que no será suficiente como para que cambie de opinión. Por eso, cuando a los diez minutos Gideon baja con el torso desnudo y los pantalones de cuadros colgando de las caderas, no puedo evitar suspirar.

Me estaría mintiendo si dijera que no espero ni una sola palabra por su parte. En mi mente solo puedo imaginar un húmedo torbellino de besos que se funden el uno con el otro, que precipitan nuestro ascenso de nuevo al dormitorio. Imagino nuestros brazos entrelazados buscando consuelo. Sin embargo, Gideon pasa por mi lado con la cabeza gacha, y la única mirada que me manda, es a mis pies descalzos. Esa es la señal para saber, que nos comeremos las tostadas recién hechas, muy a mi pesar.

Gideon se mueve con una agilidad más que deplorable, y no porque no me guste su esbelto y a la vez rudo cuerpo, sino porque no me gusta cuando lo utiliza para apresurar su partida. Después de todo lo que habíamos pasado, este no sería un paso hacia atrás, sino volver a comenzar la historia desde cero.

Sabe que estoy enfadada, por lo que no supone una novedad que se pase la mañana callado, recogiendo los últimos rescoldos de recuerdos y embutiéndolos en una maleta demasiado pequeña para albergar tanta rabia.

—No tienes por qué hacerlo —Ese había sido mi mantra desde que recibimos aquella llamada hace diez días.

Lo repetía una y otra vez, y con cada vez que lo decía, una parte de Gideon se alejaba más y más de mí. Entonces, en el tercer día aproximadamente, dejé de decirlo, pero las cosas no es que mejoraran después de eso, puesto que el silencio predominó nuestro tiempo y el

vacío de no saber cómo comportarnos dominó nuestras almas.

—Ya hemos hablado de eso —Se colgó el petate al hombro—. Tengo que hacerlo, sé que no lo entiendes, de hecho entiendo que no lo quieras aceptar, pero joder Arizona, deja de decirme que no tengo por qué hacerlo, porque los dos sabemos que eso no es verdad.

Me quedo congelada cuando sus ojos me miran después de diez días evitándome a toda costa, pero lo que más duele, no es como el verde se clava en mis pupilas, sino como utiliza mi nombre completo en vez de el simple Ari que hace que se me erice toda la piel.

Gideon espera durante minutos a que le proteste, y podría haberlo. De hecho, ahora que lo pienso, debería agarrarme a su camisa y no soltarlo nunca; debería rajar las suelas de sus botas; esconder las llaves del coche; haber servido laxante con el café. Tendría que utilizar toda la imaginación con tal de retenerlo aquí. Sin embargo, no soy capaz de hacerle eso, jamás me lo perdonaría.

Cuando concluye que mi súplica serán las últimas palabras que escuche de mi boca, agacha de nuevo la cabeza y se va de la habitación. Solo se tardaba un minuto y medio en llegar a la puerta, pero mentalmente cuento más de diez en escuchar el portazo que supone el final de todo.

Capítulo 2

Carta 1

(00: 15) 17 de julio de 2016

De: Arizona

Para: Gideon

He pensando muchas veces cómo empezar, sin embargo, ningún hola ni un como estás es suficiente para expresar todo lo que siento por dentro, y tengo que hacerlo, no es sano guardarse tantas cosas dentro.

Desde que te fuiste, un vacío se ha apoderado por completo de mí. Me despierto todas las noches sudorosa, envuelta en las sábanas como si me hubiera pasado todas las horas forcejeando con ellas; y cuando voy a recurrir a la seguridad que me proporcionas, me doy cuenta de que ya no estás.

Pienso constantemente en ti y en la nube de felicidad que me embriagaba por tenerte cerca. uno nunca valora lo que tiene, hasta que un día se marcha sin saber si volverá.

Ahora, cuando recuerdo aquel día en el que te dejé marchar, no puedo evitar pensar que debería haber hecho algo. Sé que... quizás si lo hubiera intentado con más ahínco, te hubieras quedado, aunque conozco tu verdadera naturaleza, y sé que ni un tornado te hubiera detenido a la hora de coger ese avión. En parte, eso es lo que me hace quererte más fuerte: tu entereza; pese a que tu fortaleza, me hace más débil.

Solo quería decirte que estoy bien, o todo lo bien que se puede estar sin ti.

Siempre tuya, Arizona.

Capítulo 3

Las llaves repiquetean contra la cerradura y el sonido de la campanilla de la entrada me permite el lujo de recordar como eran las cosas antes de la "Gran Depresión".

Gideon me vendó los ojos con su vieja bandana de color rojo que olía a mi esencia favorita: él; me abrió una puerta, y casi me rompo las paletas con el primer escalón, por suerte, sus manos siempre estaban listas y preparadas para salvarme. Entramos en la habitación cuyo olor a naftalina, polvo y canela aún recuerdo; y entonces, me quitó la venda de los ojos. Los espejos adornaban toda la estancia, dándole al lugar un aspecto de atracción de feria, donde nuestros reflejos juntos eran infinitos. La barra de madera sobresalía de los espejos, me acerqué a ella y raspé el polvo que contenía.

—¿Te gusta? —preguntó emocionado, y a la vez reticente a mi contestación.

No pude evitar mostrar mi sorpresa, ni aguantar mis gritos, ni retener todas las lágrimas. Esperaba que esa fuera respuesta suficiente, y por como me sonrió de oreja a oreja, supe que lo era.

Gideon se apartó de mi lado un segundo, el suficiente como para que de fondo sonara una melodía preciosa, y luego volvió de nuevo. Tomó mi cintura con las manos y balanceaba mis caderas de un lado a otro. Su pie se movía al mismo ritmo.

—¿Te he dicho alguna vez lo sexy que me resulta verte bailar?

Me puse exactamente en la misma lámina de madera y puse la misma canción. Cierro los ojos y balanceo mis caderas de un lado a otro, exactamente como lo hacía él, y durante unos instantes, siento como sus manos me rodean con ternura.

Me di la vuelta y vi que sus ojos verdes estaban clavados sobre los míos. Entonces, la canción sonó mucho más fuerte, y comencé a saltar como una posesa, como alguien a quien le da igual todo, alguien que no tiene nada que perder por mostrar quién es. Gideon, con su sonrisa triunfal, me agarró de la mano y dimos miles de piruetas mientras de fondo seguía sonando la canción en forma de bucle.

Sudé como nunca había sudado en mi vida; el pelo se me pegaba a la frente y la piel de los brazos me resplandecía por completo. No me importaba impregnarme de esa felicidad. Salté, volví a saltar, me elevó hasta los cielos, y luego cuando pisé tierra firme, volvimos a dar piruetas

y más piruetas.

Nuestras risas eran el coro perfecto. Sentí una felicidad solo accesible a las personas más afortunadas del mundo, porque en ese momento, pensé que era lo que debía sentir la gente cuando les tocaba la lotería. Eso por fuerza, debía ser lo más parecido al cielo que había visto en mi vida.

Cuando la canción termina y vuelvo a la realidad, me desplomo sobre el suelo exhausta y necesitada de líquidos. Miro de nuevo el espejo donde esperaba encontrar sus ojos, y mi sonrisa se desvanece al ver que sigo sola. Su olor desaparece del aire como la neblina al mediodía, y entonces me percato, que sigo sin Gideon a mi lado.

Capítulo 4

Carta 2

(14:32) 10 de Octubre de 2016

De: Arizona

Para: Gideon

Hoy ha hecho tres meses justo desde que te fuiste. No mentiré y diré, que ha sido pan comido; no diré que he seguido con mi vida como si siguieras aquí; no mentiré y diré que estoy comiendo todos los días, tal y como te hubiera prometido si hubiéramos sido lo suficientemente valientes para hablarnos; que sigo saliendo con Coco a correr valle arriba; que voy a comprar con ropa decente, en vez de tu vieja sudadera de la universidad; que sigo quedando con mis amigos, eso que tanto detestas; que bailo como a ti te gusta que baile; que hablo con mis padres. No te puedo prometer nada, porque te estaría mintiendo, y ya sabes lo que pienso respecto a las mentiras.

Por el contrario, como no quiero que pienses que solo sé lloriquear por las esquinas, te diré que hay alguien que está peor que yo con tu partida. Coco te echa de menos, de hecho, desde algunas noches ocupa tu lugar en la cama; no es como si te tuviera a ti puesto que sus diez kilos no son suficiente para rellenar todo el espacio, pero se nota cierta esencia a Gideon en el ambiente.

Te lo habré dicho mil veces ya... pero solo quería recordarte que te echo de menos.

Siempre tuya, Arizona.

Capítulo 5

El agua cae tan fuerte que parece una cascada sin fin. Cuando por fin entro en el autobús, me agarro con fuerza a una de las barras verticales, por miedo a resbalarme y esparcir mi torpeza por todo el habitáculo. Me paso la mano por el pelo empapado y lo echo hacia atrás, secándome luego la palma en los vaqueros mojados.

Hace días que llueve como si no hubiera un mañana, pero la verdad es que no me viene del todo mal. Estoy cansada del sol, de la gente que pasea feliz por Central Park, cansada en general de la felicidad ajena. Así que un buen día, comenzó a llover, o mejor dicho, a diluviar. Estoy contenta, por fin el universo se muestra tan machacado como lo estoy yo.

El autobús se pone en marcha. Agarro el bolso con fuerza y rezo porque mi trasero no acabe en el suelo, de nuevo. Y en ese momento en el que agarro el asa de piel con una fuerza descomunal, me doy la vuelta, y lo veo cruzando la calle. Solo un instante.

No siento nada, ni siquiera el agua que corre por mi cuerpo formando un charco en mis pies. Me quedo helada porque estoy segura de que era Gideon.

Me despego de mi barra de seguridad y le doy mil y una vez al botón de la parada. La mayoría de los pasajeros me miran como si estuviera loca, pero solo necesito bajarme y abrazarle tan fuerte que nuestros cuerpos se fundan en uno solo.

—¡Pare! —grito justo antes de que las puertas se abran.

Cruzo la misma calle que había cruzado él, solo que yo tengo que sortear los coches propios de un semáforo en rojo. Todos me pitan y uno casi me arrolla, su paragolpes se ha quedado solo a unos centímetros de mis piernas. Lejos de quedarme y perder disculpas, vuelvo a salir corriendo. Mi vida últimamente se basa en eso, en un sin fin de carreras que me propongo para que la vida sin Gideon pase más rápido.

Vuelvo a verlo doblando una esquina. Lo sigo hasta una librería a la que solíamos ir. Recuerdo que la descubrimos en verano. Aunque él no es aficionado a la lectura, le gustaba apoyarse sobre mi hombro y leer por encima de el frases sueltas. En el fondo me encantaba, sabía que solo era un pretexto para retenerme en sus brazos una vez más.

Recorro los familiares pasillos una y otra vez, y en un instante, estoy en el lugar adecuado. Sostiene un libro enorme entre las manos que le tapan su perfecto rostro. Por instinto, me aliso la camisa con las manos, me peino

con los dedos el cabello completamente salvaje y camino tan despacio que los pocos metros se convierten en kilómetros. Cojo aire, pese a saber que es imposible que el oxígeno entre en mi torrente sanguíneo, su simple presencia es capaz de robar el aliento.

Solo medio metro más. Con cuidado, le retiro el libro de las manos bajando su cubierta. Él no ofrece ninguna resistencia, y sin embargo, daría todo lo que tengo para que su rostro siguiera oculto.

— ¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta el chico con el cejo fruncido.

— Yo... creía que eras otra persona.

Me doy la vuelta y salgo de allí corriendo.

Capítulo 6

Carta 3

(12:43) 15 de Noviembre de 2016

De: Arizona

Para: Gideon

El otro día soñé contigo. Sí, sé que te he dicho mil veces que te has colado sin remedio en mis sueños, pero esta vez era diferente. Estábamos en un campo rodeados de amapolas recién florecidas; era la vieja granja de tus padres. Estabas con tus botas y tu uniforme pisando las pobres florecillas, me enfadé muchísimo de que las aplastaras sin piedad, sin embargo, por otro lado, no me importaba que lo hicieras, porque era para avanzar hacia mí. Tenías los ojos clavados en los míos; tu mirada era tan penetrante, que me temblaron las piernas. Entonces por fin llegaste a mi lado, pero las flores se habían fundido en un río de sangre que te arrastraba con el. Me tiré al suelo empapándome del líquido rojizo, pero nada fue suficiente como para que te quedaras a mi lado.

Supongo que si lo pienso bien, solo es un metáfora de esto que nos está pasando. Ya sabes, la sangre, tu uniforme, yo... Parece que mi subconsciente sabe encajar todas las piezas para hacerme sentir peor de lo que ya me siento.

Y lo peor de todo, no es saber que estás lejos, ni siquiera no saber dónde estás, sino que no respondes a mis cartas.

¿Acaso la pesadilla va ser mi realidad a partir de ahora? Por favor Gideon, contéstame.

Siempre tuya, Arizona.

Capítulo 7

—¿Volvemos a empezar desde el principio? —pregunto a Matt exhausta.

Hace siete meses que Gideon se fue. Durante todo este tiempo, siempre he tenido miedo de volver a enfrentarme de nuevo a un espejo, de ver mi rostro reflejado sin que sean sus manos las que me hagan dar vueltas, pero como suelen decir, la vida continua, y yo debe continuar por mí, y por todos.

—Como quieras —contesta poniendo de nuevo la música.

Sus manos se colocan en la misma posición, agarrando mi cintura; son tan grandes que casi me rodean por completo. La música vuelve a sonar, y repetimos de forma mecánica cada uno de los pasos. Mis pies bailan dos segundos en el aire, y luego, otra vez el mismo fallo.

—¡No estás concentrada! —grita acercándose a apagar el equipo de música—. Dios, ¿¡qué te pasa!? Joder Arizona, eras de las mejores, esto era un hervidero de vida —Señala la estancia que yacía vacía y falta de uso. Cuando Gideon se fue, cerré la academia y solo me quedé yo, con el polvo, con mis recuerdos y con mi tristeza—. Tienes que dejar que se vaya de una vez, de tu cabeza —Se acerca lo suficiente como para sentir el aire expirado de sus labios rozando los míos—. Y de tu corazón.

Matt siempre ha sido uno de esos hombres. De esos que triunfan en todo lo que se proponen, incluso en el amor. Pero yo, soy la excepción a sus conquistas. Hace años que trabajamos juntos, pero siempre se había mantenido a raya por Gideon. Sabe que él le partirá todos los huesos del cuerpo si se atreve a bajar las manos un centímetro por debajo de mi cintura.

—Lo siento, pero me es imposible. ¿Cómo no voy a pensar en él? Es mi novio Matt. Y llevo siete meses sin saber nada de él. ¿Cómo te sentirías tú? ¿Estarías haciendo perfectamente la coreografía? —me desahogo de una forma que no es justa para ninguno de los dos, aunque Matt se lo merece, por insensible.

—Es que no entiendo por qué quieres concursar de nuevo si estás oxidada.

—Porque lo necesito —admito.

Estoy cansada de teclear en el ordenador las decenas de cartas que nunca lee o contesta; harta de que mis amigos me digan lo mal que me ven; que mis padres se cansen de hablar con mi contestador. Ahora más que nunca

necesito sentirme viva, y eso solo puede conseguirlo el baile.

—¡Pues quiérelo!

—¡Ya lo quiero! —le contesto con la misma intensidad que él.

Sacude la cabeza de un lado a otro, como si supiera muchísimo más que yo.

—Sabes que eso es mentira. Y lo más triste es que no me estás mintiendo a mí, sino a ti.

Sus dedos se deslizan por la elástica tela de mi vestido, y bajan hasta mi trasero. Me aprieta tan fuerte que entre nuestros cuerpos el espacio es inexistente.

—¿Qué haces? —susurro a sabiendas de lo que pretende.

—Voy a hacer que te sientas viva, Arizona.

Sus labios se deslizan por mi clavícula en forma de besos no correspondidos. Con mis brazos intento hacer palanca, pero todo intento era en vano. Cuanto más intento alejarme, más retenida me tiene.

—Matt, para —suplico.

En ese momento, daría todo lo que tengo con tal de que alguien entrara en el estudio, pero ya no hay nadie, y la posibilidad de que alguien nos vea es nula, puesto que los cristales están pintados de un negro que no dejan entrar la luz del sol.

Matt arranca el tirante de mi vestido hasta dejar el hombro descubierto. Poco a poco, nos va recostando sobre la tarima de madera, donde Gideon y yo habíamos pasado miles de noches.

Solo por un segundo, recuerdo a qué sabían sus besos; la forma maestra en la que sus manos se deslizaban por mi cuerpo. Y entonces abro los ojos, porque las manos que me recorren todos los rincones del cuerpo no es mi amor, sino un imbécil con mallas.

Con el hueco que queda entre nosotros, le propino un rodillazo en toda la entrepierna, y de inmediato, se echa a un lado liberándome por completo. Se retuerce de dolor sobre el suelo, y su sufrimiento me saca una sonrisa involuntaria de los labios. Seguro que Gideon estaría orgulloso de mí.

Salgo del estudio, y corro, con el vestido hecho jirones, con los hombros

desnudos y las zapatos de baile. Con una risa histérica que se mezcla con mis lágrimas.

Capítulo 8

Carta 4

(20:23) 13 de febrero de 2017

De: Arizona

Para: Gideon

¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué por una vez no podías estar aquí? ¿Por qué no estabas para protegerme de Matt?

Dime algo Gideon, di algo. Dame la sucia esperanza de que estás ahí.

Siempre tuya, Arizona.

Capítulo 9

Miro a mi alrededor, a la casa que habíamos tardado dos años en terminar de decorar. Al principio solo teníamos un colchón, un sofá y una vieja tele. Era lo único que necesitábamos. Luego, empezó a comprar más cosas para rellenar su ausencia, y ahí es cuando comenzó a alejarse.

¿Por qué es ella siempre su prioridad? ¿Por qué no puedo ser yo?

Cuan diferente sería las cosas si no hubiera seguido por ese camino. Tantas horas fuera de casa; todas esas temporadas en las que desaparecía, al final nos han pasado factura. La diferencia de esta vez con el resto de veces, es que esta ni siquiera me contesta. No sé nada de él desde hace nueve meses.

Cojo el marco de fotos de nuestro último viaje y los estrello contra la pared de la chimenea. El pobre Coco sale a refugiarse cuando los pedacitos de cristal y madera se esparcen por todo el salón. No es suficiente. Cojo un cojín y comienzo a golpearlo todo.

Cristales, madera, metal. Todo junto forma una armoniosa canción autodestructiva. El sonido que hace el cristal contra la tarima de madera, es un sonido demasiado hermoso para parar; el tintineo del metal contra el pladúl, deliciosamente relajante.

He estado por lo que me parecen minutos destrozando la habitación, pero cuando miro por la ventana es de noche, así que llevo horas. Tanto que no me di cuenta de que había subido al piso de arriba y había rajado uno de sus uniformes de arriba a abajo.

Dejo que el cuerpo resbale hasta el suelo, con la tela aún en las manos y las aprieto con fuerza mientras absorbo su aroma. A Coco, que se enrolla en mis rodillas, también le gusta.

Las lágrimas vuelven a brotar de nuevo, hinchándome los ojos y desinflándome el alma.

No seré tan lista como él, pero sé que nueve meses es tiempo suficiente como para entender de que ya no va a volver.

Capítulo 10

Carta 5

(03:02) 2 de Abril de 2017

De: Arizona

Para: Gideon

No sé exactamente qué ha pasado en nuestras vidas. Me paso las noches repasando mentalmente todos lo momentos que hemos vivido juntos, y me parecen tan perfectos y maravillosos que me da miedo recordarlos, podría mancillar esa felicidad que se esparce por el pasado. Pero a la vez lo hago, pese al miedo, porque necesito recordar o echar las culpas al minuto en el que nuestros caminos comenzaron a separarse. Es un razonamiento idiota por parte del ser humano culpabilizar al tiempo de nuestros errores, culpar a ese segundo en el que todo comenzó a torcerse.

Podría, y de hecho muchas veces hago, mirar a mí alrededor buscando responsables. Podría pensar que la culpa la tiene esa amante tan exigente que has decidido anteponer por encima de todo; pensar que es de Matt por poner a prueba siempre nuestra fidelidad; que la culpa la tiene ese martes porque estaba lloviendo. La verdad, no tiene sentido hacer esto ahora.

Supongo que necesito tener la mente ocupada porque si la tuviera en blanco, pensaría que la culpa la tengo yo, o que la tienes tú, y puesto que no contestas a mis cartas y no te atreves a si quiera responderme, no me parece del todo correcto atacar a alguien que no se defiende.

Quizás por eso he destrozado la casa; quizás por eso he hecho jirones tu uniforme y el noventa por ciento de tus cosas; y solo quizás, sea tu silencio el que me ha hecho beberme media botella de vodka.

Si de verdad me quieres Gideon, si de verdad en el fondo sientes el más mínimo apego por mí, te ruego que contestes esta carta. Al menos una palabra.

Siempre tuya, Arizona.

Capítulo 11

Carta 6

(03:14) 23 de Junio de 2017

De: Arizona

Para: Gideon

He escrito y reescrito mil veces esta carta. He tecleado cada caracter, y luego los he borrado. En mi cabeza, tenía un esquema mental de lo que iba a decirte, pero luego cuando me he sentado frente al ordenador, se ha evaporado completamente. Solo tengo sentimientos y dolor rondándome por todos lados. Desde que te fuiste es lo único que ha marcado el ritmo de mi vida.

Dolor, desesperación, impotencia, frustración. Todas esas palabras se han convertido durante los últimos doce meses en las únicas palabras que imperan en mi diccionario. Pero Gideon, no pueden ser las únicas que marquen mi futuro.

He llegado a un momento de inflexión del que no puedo escapar. Me gustaría decir que hay más salidas a parte de esa ventana que se cierna sobre mí, pero no hay más, el resto es oscuridad. Es arriesgado, es doloroso, pero es lo que hay. Muchas veces me has dicho lo mismo, que esta vida es la que nos ha tocado vivir, ni más ni menos, que hay que aceptarla tal y como es, imperfecta y a la vez maravillosa. No mentiré diciendo que los buenos momentos compensarán con creces esta sensación de ahogo que me aprisiona la garganta, que la felicidad que respiramos durará para siempre. A veces hay que aceptar el dolor tal cual.

Tengo claro por un lado que siempre seré como esos coches cuyos motores están tocados, y que por muchos arreglos que se les quiera hacer, siempre habrá algo de ellos que funcionará mal. Al igual que sé, que entre estancia y estancia en el taller, habrá buenos momentos, no serán los mejores, pero sí suficientes para seguir respirando, para darme una razón para continuar.

Gideon, esta carta es la última que te envío. La última de más de cien. El silencio de tu voz siempre será una de las cosas que más me perseguirán para siempre, pero sé que en el fondo podré vivir con ello.

Adiós, Arizona.

Capítulo 12

Tomo la taza de té con las dos manos, y soplo suavemente antes de llevarme un nuevo sorbo a los labios. Esto quema como una condenación.

—¿Y qué tal con Matt? —pregunta Teresa sorbiendo su café.

—Hace meses que no hablamos, desde aquello del estudio —No puedo evitar hacer una mueca de desagrado.

—Es un imbécil —bufa.

—En el fondo, tenía razón. No podía seguir así, alguien tenía que...

Mi móvil comienza a sonar: número desconocido. Descuelgo con una sonrisa, como siempre hago, y conforme la voz habla, mis dientes se esconden tras una línea fina. Mi móvil impacta sobre la mesa de cristal de la terraza, y luego, todo vuelve a estar oscuro.

Capítulo 13

Me duele la espalda de estar acurrucada en un sillón de hospital, pero me aguanto el dolor para incorporarme cuando el oficial entra en la habitación.

—¿Qué pasó? —le pregunto al oficial que mira de forma compasiva a Gideon.

—Les atacaron. Los muy salvajes no respetaron siquiera que era ayuda humanitaria de Médicos Sin Fronteras.

—¿Cómo...? No lo entiendo.

—Gideon se encontraba en el hospital de campaña que fue bombardeado. Él fue el único médico superviviente. Llevaba esto cuando lo encontramos, no sé si tendrá algún valor para usted.

El oficial saca de una mochila harapienta una caja de metal, como una especie de lata. Cojo la caja con cuidado, y cuando se marcha, me dispongo a examinar qué contiene. Dentro, yace todas las cartas que le he enviado. Las ha imprimido todas, y detrás de cada folio, esta la respuesta de Gideon. Más de cien cartas escritas de su puño y letra.

Levanto la vista, ya cansada tras meses de trasnochar en el hospital, y vuelvo a mirarlo por si sigue aquí. Y ahí sigue, con todos esos tubos rodeándole por todos lados, manteniéndole la poca vida que le queda. Estrecho su mano fría y la envuelvo en la mía para volver a dormir de nuevo.

"Ojalá pudieras leer esto, ojalá pudiera decirte lo mucho que te quiero, pero por motivos de seguridad no nos permiten mandar correo, solo recibirlo. Me parte el corazón leer como sufres porque piensas que te he abandonado, pero te prometo Arizona que te quiero más que a mi vida. Ojalá te lo hubiera dicho aquel día en vez de haberme marchado sin más."

Leo una y otra vez, hasta que las lágrimas borran mi campo de visión y lo único que me queda es cerrar los ojos y esperar que el gran amor de

Gideon le salve la vida.

— Está estable —dice el doctor.

— ¿Y eso que significa?

— Significa que está estable —Cierra su carpeta y se va de la habitación.

"Sin cambios" reza en el historial que cuelga de los pies de su cama. Hay más de cien páginas rellenas exactamente igual, una por cada día.

Primero la máquina pita, luego pita otra. Después de meses y meses se va a ir para siempre de mi vida. Soy una completa egoísta por pretender que viva así, conectado a mil aparatos diferentes que hacen sus funciones vitales.

Entonces, cuando las enfermeras están entrando en la habitación junto con la doctora, Gideon abre los ojos.

Capítulo 14

Epílogo de Gideon

Tenía mi corazón partido en dos mitades completamente distintas. Dos mitades que no tenían el mismo tamaño una y otra. Durante mucho tiempo, me obsesioné por una mitad, pensando que era el amor que necesitaba, la ocupación de mi vida. Le dediqué todo, hasta casi le entrego mi vida. Pero basta para sentir como una bomba explota a dos habitaciones de ti, para darte cuenta de cuáles son las verdaderas prioridades en tu vida.

Cuando el ruido del explosivo invadió la estancia, cuando los cristales estallaron y todo ardía, mi corazón cambió su conformación, y pude ver lo equivocado que estaba. Era absurdo basar mi vida entera en la medicina. Creí que debía de ir a donde más me necesitaran, y olvidé por completo que quién más me necesitaba era Arizona. Ella me dio tanto, y yo tan poco. ¿Cómo fui tan idiota de no darme cuenta antes? Me aceptó cuando nadie más lo hizo, me quiso tal y como soy, y yo en vez de quererla como se merece, me alejé.

Durante el coma, la vi. Bailaba a mi alrededor con una belleza cegadora. Saltaba, vestía uno de esos preciosos vestidos de seda que se le ciñen al cuerpo como una segunda piel. Tenía la cabeza adornada de una preciosa guirnalda de flores. Ella y sus movimientos me trajeron de nuevo a la vida, porque ella es mi vida.